

VINO VERDE



Después de un largo día de trabajo, Zarah se detuvo unos minutos en el supermercado para hacer las compras de la semana antes de regresar a casa. No tenía prisa por volver. Mientras recorría los pasillos distraídamente, una botella llamó su atención. Era un vino verde que nunca había probado. No sabía si era bueno ni tenía una razón especial para comprarlo, pero terminó colocándolo en el carrito como quien adopta una pequeña excusa para hacer diferente un día cualquiera.

Al llegar al apartamento, dejó las llaves sobre la mesa de la entrada y cerró la puerta detrás de sí. La casa estaba tranquila, inmóvil. Se quitó la ropa de trabajo para ponerse algo más cómodo y caminó descalza hacia la cocina. Sacó la botella de la bolsa, buscó una copa y la destapó. El sonido suave del corcho al romper el sello fue, curiosamente, el ruido más agradable que había escuchado en todo el día.

Con la copa en una mano y la botella en la otra, regresó a la sala y se dejó caer sobre el sofá. Encendió la televisión sin prestar demasiada atención a lo que transmitía y sirvió la primera copa. Se quedó mirando por un momento, observando cómo el vino verde brillaba tenuemente. El líquido tenía un tono verdoso con reflejos amarillo pálido y una apariencia limpia y fresca. Antes de probarlo, lo hizo girar suavemente dentro de la copa, entretenida por el movimiento tranquilo del vino.

Adentro, Zarah solo quería desprenderse del peso de una jornada que parecía haberse quedado adherida a su piel incluso después de haber llegado a casa.

Después de varias copas, el vino terminó de aflojar la tensión. El silencio del apartamento ya no se sentía tan pesado, y ella se reclinó en el sofá, con las piernas ligeramente abiertas y la copa a un costado, permitiendo que su atención regresara a sí misma. No buscaba nada más que un instante de consuelo, un pequeño gesto de cariño hacia una versión de sí misma que había pasado demasiado tiempo olvidando. Abrió las piernas y puso la mano entre ellas...